CASA PUBLICADORA BRASILEIRA
COMENTARIO DE LA LECCIÓN

II Trimestre de 2008
"Jesús es maravilloso"

Lección 6
(17 al 24 de Mayo de 2008)

La intensidad de su caminar

Dr. Rodrigo P. Silva

Bosquejo del Comentario:

1. Cristo como Alguien que crecía.
2. Cristo como Alguien que oraba.
3. Cristo con Alguien que seguía prioridades.

Introducción

La lección de esta semana habla del caminar, en las luchas e intensidad en la vida de Cristo. Para cada uno de esos elementos tenemos correspondencias que revelan aspectos importantes relativos al Salvador:

Caminar → *El podía progresar*
Luchas → *El tenía que "transpirar la camiseta" para no perder su objetivo en la vida.*
Intensidad → *Había cosas que debían ser más intensas que otras para que Él pudiera vencer el mal*.

El aparente contraste entre estos elementos es que ellos se aplican a Alguien que, nada más y nada menos, es el propi Dios. ¿Cómo puede progresar si es el Bien supremo? ¿Cómo puede luchar, si nadie puede oponérsele? ¿Cómo puede ser intenso, si es inconmensurable? La respuesta a estas paradojas está en su amor; en primer lugar, porque Él se hizo uno de nosotros para que pudiéramos conocerlo; aún con nuestras limitaciones naturales; en segundo lugar, para que pudiéramos ser salvos por Él, a pesar de nuestra condición pecaminosa.

Si observamos bien, veremos que nuestra mente pide una imagen de Dios que es, en sí misma, contradictoria. Notemos: ¿Quedarías "eternamente tranquilo" si supieras que Dios tiene un punto vulnerable? ¿Sería posible experimentar un alivio pleno del mal si supiéramos que hay una especie de planta o cristal (como la imaginara criptonita de Superman) que pudiera neutralizar los poderes de Dios? Por supuesto que no, pues en tal caso siempre cabría la posibilidad real (y con ello el temor) de que tal elemento cayera en manos de un oponente de Dios y nuestro Salvador fuera entonces "destruido", quitándonos la posibilidad de sosiego y protección. Hasta para la promesa de que el mal no se levantará por segunda vez en el Universo necesitamos que Dios sea "lo suficientemente eterno" (por más extraña que pueda parecer esta expresión). Queremos una garantía de que el mal nunca más volverá. Cualquier otra cosa de menor re-

levancia que esa no nos sirve para brindarnos una tranquilidad absoluta, tanto a nosotros, como al Universo.

Por otro lado, no obstante, hay momentos en los que desearíamos tener un Dios compasivo, capaz de comprender nuestras luchas y dilemas. Alguien con una capacidad real de ponernos la mano en el hombro y decirnos: “Realmente, hijo, se que no es fácil. Yo también tuve mido, luché, sentí dolor…”, Si Dios no hubiera descendido hasta nuestro nivel, El sería algo así como un teórico dando consejos a quien aparece con un problema práctico que nunca experimentó. Haciendo una comparación, sería como si un millonario heredero, que nunca tuvo que pasar por ninguna necesidad material, desde dentro de su limusina intenta darle ánimo a un mendigo hambriento que no tiene nada de comer ni abrigo para pasar la noche con sus hijos.

¿Cómo un Dios Omnisciente podría “necesitar”, “sufrir”, “temer”? En Cristo tenemos la respuesta; el estudio de su vida realmente nos ofrece la fuerza que necesitamos para nuestro peregrinaje.

Según la Psicología, en el niño surge una gran decepción cuando descubre que su padre no es el héroe que él se imaginaba, que también tiene miedo, llora, se lastima y comete errores. Pero con Dios es diferente. Conocer a un Ser paternal tan perfecto, autosuficiente y eterno, que se hizo dependiente, humano y sujeto al sufrimiento es justamente lo que necesitamos para continuar en la senda.

Cristo como Alguien que crecía

Según lo presenta la Lección, es un hecho de que tenemos poquísimos datos acerca de la infancia y la juventud del Salvador. Pero algunas preciosas revelaciones adicionales pueden encontrarse tanto en los libros de Elena de White, como en las entrelíneas del texto bíblico.

El episodio de Jesús entre los doctores de la Ley, a los doce años de edad, no revela, aunque sugiere, lo que sucedió cuando Jesús volvía a Nazaret con sus padres, parientes y hermanos. Ciertamente, sus hermanos y hermanas eran mayores que Él, fruto de un matrimonio previo de José, que era viudo al casarse con María (ver El Deseado de todas las gentes, capítulo 9). Siendo así, imagina lo que ocurrió a lo largo del trayecto de regreso, con el comentario impiadoso y represor de sus hermanos. “Estamos atrasados por tu culpa” “¿Quién te crees que eres?” “Cuando papá no esté mirando te vamos a dar tu merecido”.

Imagina los traumas emocionales a los que el Hijo de Dios pudo haber estado sujeto. Era una especie de “patito feo” entre sus hermanos, el hijo de la “segunda”, el motivo para el enojo de todos. De manera análoga, José fue hostilizado por sus hermanos, que no vacilaron en hacerle mal, motivados por sus celos e inmoralidad.

Muchos se equivocan al pensar que, por haber sido hijo de una madre y un padrastro piadosos, Jesús creció en un hogar pletórico de armonía. Lee el texto ya sugerido del Libro El Deseado de todas las gentes y saca tus propias conclusiones al respecto. Notemos que la infancia y la juventud del Salvador no fueron nada fáciles.

Siendo ya un adulto, el evangelio de Juan (capítulo 7:1-9) indica que sus hermanos tramaron para aconsejarle que fuera a Jerusalén a hacer milagros, aún cuando sabían que allí corría peligro de muerte. En otras palabras, ¡lo estaban enviando a Jerusalén hacia la muerte!

Además, el texto de Mateo 4:13 revela que Jesús comenzó su ministerio en Capernaúm, conforme a lo ya predicho por Isaías (capítulo 9:1, 2). Pero, ¿por qué tuvo que dejar Nazaret? ¿Por qué no inició allí su ministerio? Al devanar algunos de los episodios en los que se evidencia el rechazo de parte de sus propios familiares, podemos entender que, por alguna razón (tal vez la muerte de José), si situación en Nazaret, que ya era complicada, ahora se había tornado insostenible. En otras palabras, el texto abre la posibilidad al hecho de que Jesús fue, circunstancial o directamente, "expulsado" de su casa.

Imaginemos la infancia de Jesús: ¡Un Dios Omnisciente teniendo que aprender! Y es así. Jesús tuvo que aprender todo acerca de sí mismo estudiando las profecías. Necesitó "comenzar desde cero", tuvo que progresar, creer que no estaba engañado… Y si eso ya es algo bastante difícil para alguien que ya ha avanzado bastante, imagina para aquél que nunca vivió en otra cosa que la perfección absoluta…

Para empeorar las cosas, no tenemos indicación de ninguna manifestación sobrenatural de parte de su Padre Celestial durante la infancia y la juventud de Cristo. A excepción de algunas apariciones angélicas relacionadas a su nacimiento, no hubo nada, aparte de la fe y del testimonio escriturístico, que confirmara, más allá de cualquier duda, que Él era el Hijo de Dios. En este aspecto, podemos decir que el texto de Lucas 2:40, alusivo a su desarrollo progresivo, se dio no en un contexto de paz y tranquilidad, sino en medio del escarnio, cuestionamientos, privaciones, y todos los elementos que llevarían a alguien normal, como mínimo, a dudar del cuidado paternal de Dios. En este aspecto, su vida nos enseña que la mayor prueba de fe dada por Cristo no fue aquella que se hizo efectiva al sanar a un leproso, al caminar sobre las aguas o resucitar a un difunto, sino en continuar creyendo en el amor del Padre cuando todo en derredor parecía decirle que tal amor no existía.

Cristo como Alguien que oraba

El desierto siempre representó un lugar especialmente religioso para la mentalidad del Oriente Medio. Por ser un lugar desolado y de muchas privaciones, es allí que la lucha con el yo mejor se simboliza. En el desierto, todos los perdidos están en pie de igualdad; el sol no calienta menos sobre algunos por sobre los otros. La carencia de sombra es generalizada, no hay privilegiados, todos dependen de todo y, en la mayoría de las situaciones de rescate, sólo un milagro puede salvar a un caminante perdido.

Es curioso el hecho de que una de las palabras para *desierto* en hebreo es *Mi-davar*, que literalmente significa algo así como "con la palabra", o "de la palabra". Le pregunté en cierta oportunidad a un rabino sobre la razón del uso de esta expresión y me sorprendió con la respuesta: "El desierto es el único lugar lo suficientemente solitario, desolado y silencioso como para que puedas aprender a vivir *de la Palabra de Dios* y tengas un encuentro real *con la Palabra de Dios*". He dormido algunas oportunidades

en desiertos del Medio Oriente e imaginé como sería estar allí perdido sin equipo ni con todo el equipamiento con el que estaba yo allí. ¡Sería algo horrible! Sólo Dios podía sacar a alguien allí.

Esto me hizo entender que Dios, siempre que tuvo una gran misión para alguna persona, lo envió primeramente al desierto para prepararse. Así lo hizo con Jacob, Moisés, Elías, Pablo, la iglesia de Apocalipsis 12 y, en este caso, con Jesús. También en mi vida pude percibir que todas las veces en las que me veo a mí mismo atravesando un desierto (no necesariamente uno literal, sino emocional o espiritual), puedo calmarme, pues Dios me está preparando para algo muy importante. En este caso, sólo con darle la mano a Él, camino con nosotros por las dunas y el suelo seco.

Recordemos además que las lecciones correspondientes al Lunes y al Martes se enfocan la comunión con Dios y la importancia de la oración. ¿Has percibido lo que nos enseñan los textos entre líneas? Notemos: muchos piensan que el ayuno y la oración constituyen la receta infalible para conseguir el favor de Dios. Hay predicadores televisivos que hablan hasta de determinar la bendición, el derecho a "cobrarnos" aquello que Dios ha prometido. Pero no parece haber sido eso con Jesús. El no fue al desierto a desafiar al diablo o a quien se apareciera. Fue al desierto a fin de prepararse, a pesar de que ya estaba en plena comunión con el Padre. Pero, quien primero fue a su encuentro ¡era el diablo en persona!

¿Has pensado en lo que esto significa? ¿Acaso la oración no tiene el poder de expulsar al enemigo? ¿Por qué entonces Satanás logró acercarse a Jesús? Notemos que en la misma agonía del Getsemaní el episodio se repitió. ¿Será que Jesús oró con menor poder al comienzo? Sólo fue en la tercera tentación que el logró expulsar al enemigo, y aún así, por poco tiempo. El diablo lo dejó, pero no definitivamente. El relato bíblico revela que lo dejó, sólo "hasta un tiempo oportuno" (Lucas 4:13).

Hay más todavía. Jesús pasó toda la noche orando al Padre para que bendijera la elección de los discípulos (Lucas 6:12). Pero eso no impidió la decepción de recibir en medio de ellos a uno que le habría de traicionar luego. Eso es mucho peor que escoger personas equivocadas para ocupar cargos importantes en la iglesia.

¿Qué podemos aprender de esto? ¿Que no vale la pena orar? ¡De ninguna manera! Aprendemos que la oración es esencial en la vida del creyente tal como lo fue en la vida del Hijo de Dios. Pero lejos de ser una forma de manipular lo sagrado, orar es aceptar la voluntad del Padre creyendo que, independientemente de los nos suceda, El no nos traicionará. Aún cuando no tengamos todas las explicaciones, o tengamos que enfrentar chascos, tendremos siempre la promesa de que Él estará con nosotros.

La vida de oración de Jesús hace que oremos con sumisión y no con una actitud soberana de alguien que, actuando como si Dios fuera un mayordomo, se atreve a darle órdenes a quien es Divino, bajo amenaza de despedirlo en caso de que no atienda a nuestros requerimientos. Jesús era Dios en el sentido pleno de la expresión, pero en forma humana actuó como hombre y tuvo el buen sentido de dejar las decisiones definitivas en manos de su Padre Celestial.

Como bien lo destaca la Lección, está claro que Jesús fue, en esencia, inigualable, pero no por eso tenemos aceptar sus prácticas como una utopía. Su ejemplo de vida de oración debe ser una meta que persigamos constantemente.

Cristo como Alguien que seguía prioridades

En los puntos anteriores vimos que Jesús, lejos de ser una persona ociosa, estuvo bastante ocupado, pero a punto tal de descuidar la oración en su vida. De igual modo, comprendemos que la oración es importante en la vida de todos nosotros. Pero si la oración es nuestra oportunidad para decirle algo a Dios, debemos también permitir que Dios nos diga algo a nosotros. Muchos cristianos oran con frecuencia, pero después del "Amén", se desconectan de la sintonía con Dios y no le dan oportunidad a lo que Él tenga para decirles. Eso no puede ser considerado un diálogo, sino un monólogo con Dios.

Tan importante como hablar con Dios es escuchar su voz hablando a nuestro corazón. Y para eso está el ejercicio de la meditación. El escritor M. L. Andreasen escribió cierta vez que "la meditación es un elemento vital de la oración. Podría decirse que es su mejor parte. Sin embargo, es demasiado descuidada. Nos presentamos delante de Dios, le hacemos nuestras peticiones, y nos vamos… ¿No habrá algo mejor?"

¡Sí! Ciertamente lo hay, y Dios no debe sentirse demasiado contento con ser excluido de un diálogo que, en teoría, debería ser entre nosotros y Él.

Cuando es practicada de manera correcta, la meditación hace bien al cuerpo y a la vida espiritual. Además, es tan antigua como la humanidad. Los autores bíblicos la conocían muy bien. Génesis 34:63 registra que Isaac salió "para meditar al campo al caer la tarde". El rey-poeta David meditaba en Dios a la noche (Salmo 63:6). Como ya hemos visto, Jesús pasaba noches orando. Y Pablo nos dice que debemos pensar (meditar) en cosas positivas (Filipenses 4:8).

Sin duda alguna, el redescubrimiento de la meditación es una buena noticia. Incluso porque la meditación aporta algunos beneficios. Pero cuidado de no confundir la legítima meditación bíblica con otras clases de meditación que se han vuelto populares y que son peligrosas para el cristiano. Las meditaciones de tipo místico y esotérico pueden parecer inofensivas y buenas, pero no elevan la mente hacia los ideales de la Palabra de Dios. Pero un momento de quietud con Dios es esencial para una vida cristiana saludable.

¿Cómo logra eso en medio de tantas tribulaciones, problemas y falta de tiempo? Es aquí que entran las lecciones correspondientes al Miércoles, Jueves y Viernes. ¡Todo depende de nuestra lista de prioridades! Debemos entender que muchas veces (nótese que no en todas las veces) el pecado no está *en lo que hacemos* sino en el *orden en que lo hacemos*. Ejemplo: No hay nada malo en jugar a la pelota, pero si lo hago en el momento, o en el lugar, del culto, un deporte inofensivo se convierte en una trampa de Satanás contra mí. El ejemplo puede ser demasiado obvio, pero debemos saber que, sutilmente, es así que Satanás actúa con muchos de nosotros, haciendo que nos ocupemos demasiado con cosas importantes a punto tal de que no tengamos tiempo para lo esencial.

Para Cristo, la prioridad era hacer “la voluntad de Aquél que me envió” (comparar con Juan 4:32-34). Por eso, siempre tenía tiempo y lugar para las demás cosas. Era un hombre ocupado, pero sano y lo suficientemente sensible para percibir una mujer rechazada socialmente procurando un poco de agua en el pozo de Jacob o un ciego de nacimiento que no le interesaba a nadie. Muchos de nosotros estamos tan ocupados que tal vez no percibamos las mujeres samaritanas ni los ciegos que están a nuestro alrededor.

Este episodio específico de la mujer samaritana aporta dos cosas más: Jesús no se acercó a ella como un superhéroe. Admitió que necesitaba beber algo a fin de conversar más tranquilamente y no vaciló en pedirle agua (pedido que, además, fue intencional para el inicio del diálogo). Muchos de nosotros tal vez no le hubiéramos pedido agua de beber a esa mujer (por prejuicio o por miedo a mostrarnos humanos). Iríamos directo al punto doctrinal, dando un estudio sobre el sábado o el Santuario. Tales temas son, de hecho, muy importantes, pero –siguiendo la lista de Jesús– debían aparecer en el orden correcto.

En los aviones, la tripulación acostumbran mostrarle a los pasajeros que, en caso de despresurización, las máscaras de oxígeno caerán automáticamente y, para aquellos que tengan un niño o un anciano a su lado, la recomendación es que coloquen primero la máscara en sí mismos y recién después en su compañero. Si se invierte el orden, el compañero podría, debido al pánico, rechazar la ayuda y podrías rápidamente perder la oxigenación (pues aún estarías sin máscara), no pudiendo salvar ni al otro, ni a uno mismo. Tengamos el coraje de “pedirle agua” a quien estemos ofreciendo ayuda. Hagámoslo sentir importante, hagamos amistad con ellos. Después, sí, estaremos listos para predicarles el mensaje, y ellos a reconocer en nosotros el Espíritu de Dios, así como la mujer reconoció en Cristo la presencia de la Divinidad.

Lo segundo que el episodio de la mujer samaritana nos enseña es que ella, al recibir el mensaje, no permaneció quieta en una actitud contemplativa, ¡sino que se hizo misionera! Una vida de comunión con Dios está relacionada con la misión. No existe una sin la otra, cada una ocupa su debido lugar.

La experiencia con Dios es bien ejemplificada en el caso de Enoc, que se describe sucintamente como aquél que “caminó con Dios”. Tal como lo resalta la Lección, el verbo que aquí aparece como *caminar* es *halak*, que significa “andar junto a”, “conducirse mutuamente”. Es como si el texto dijera “Enoc y Dios se caminaron”. Por más extraño que esto suene en nuestro idioma, así se expresa el sentido íntimo de esta caminata. Este sentido nos lleva a una idea de proximidad, comunión. Enoc disfrutaba de una comunión íntima con el Señor. Caminaba a su lado. Notemos que el hecho de que Enoc “caminó con Dios” se relata dos veces en esta breve declaración del Génesis.

Pero, ¿en qué circunstancias Enoc tuvo que ejercer esta actitud de caminar con Dios? ¿En momentos de paz y tranquilidad? Si recordamos que él vivió durante el auge de la crisis pre-diluviana y que el Diluvio pronto se abatiría sobre la tierra, entenderemos por qué Judas 12-16 habla tanto de los herejes de los tiempos apostólicos como los impíos de los tiempos de Enoc, porque su contexto no favorecía en nada a la piedad cristiana. Además, la palabra *impío*, que aparece dos veces en Judas 15, proviene del vocablo griego *asebes* y es utilizada para describir a una persona incrédula, perversa, destitui-

da del temor de Dios. Esta era la situación de los hombres en tiempos del patriarca. Vivían en extrema perversidad, agrediendo al siervo de Dios con "palabras insolentes". Esto equivale a decir que proferían contra Enoc y su Dios palabras ofensivas, provocadoras, que tenían el propósito de ser un incentivo para abandonar la fe.

Con esto, aprendemos que en nuestro peregrinaje junto a Dios, nuestra comunión con el Padre y su Palabra no siempre será "con la ayuda de…", sino "a pesar de…". En otras palabras, debemos tener, y ejercer, una fe que tenga el coraje de concretar un culto de acción de gracias aún cuando no haya ninguna bendición aparente para ser contada; una fe que nos motive a orar a Dios cabalmente, aún cuando el mundo se esté cayendo a nuestro alrededor y, finalmente, una fe que promueva en nosotros la convicción de que, cueste lo que cueste, el Señor está con nosotros, así como estuvo con Cristo, con Enoc y con todos aquellos que sinceramente buscan su rostro.

Dr. Rodrigo P. Silva
Profesor de Teología
Seminario Adventista Latinoamericano de Teología
Univ. Adventista de San Pablo – Campus II



Traducción: *Rolando D. Chuquimia*